LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA

EDICIÓN AMPLIADA

PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

**LIBRO JUBILAR EN HOMENAJE
AL PROFESOR ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

**LIBRO JUBILAR
EN HOMENAJE AL PROFESOR
ANTONIO GIL OLCINA**

EDICIÓN AMPLIADA

INSTITUTO INTERUNIVERSITARIO DE GEOGRAFÍA
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

Publicaciones de la Universidad de Alicante
03690 Sant Vicent del Raspeig
publicaciones@ua.es
<http://publicaciones.ua.es>
Teléfono: 965 903 480
Fax: 965 909 445

© los autores, 2016
© de la presente edición: Instituto Interuniversitario de Geografía y Universidad de Alicante

ISBN: 978-84-16724-09-3
DOI: <http://dx.doi.org/10.14198/LibroHomenajeAntonioGilOlcina2016>

Coordinación:
Jorge Olcina Cantos y Antonio M. Rico Amorós

Edición, composición y diseño de cubiertas:
Clotilde Esclapez Selva

Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

UNIVERSIDAD, INVESTIGACIÓN, INNOVACIÓN. A TIEMPOS EXTRAORDINARIOS, RESPUESTAS EXTRAORDINARIAS

Manuel Desantes Real*

1. Hace algo más de treinta años, un primero de septiembre, un asustado –y despistado– becario de investigación aterrizó en la Universidad de Alicante de la mano de su maestro, el Profesor José Luis Iglesias Buhi-gues, entonces Decano de la Facultad de Derecho. Para su sorpresa, al día siguiente fue recibido por el Rector, quien solo quería saber si la Universidad le había acogido bien, si había encontrado alojamiento y si podía servirle en algo. Aquel becario, hoy firmante de esta confesión, no olvidará jamás aquel inusitado encuentro, que fue tan solo el primer eslabón de una relación que aquel Rector bautiza como amistad y que a fe no es sino un permanente enriquecimiento unilateral –de allí hacia aquí– sólidamente cimentado en la admiración y en el respeto. La invitación a contribuir –bien que muy modestamente– al Libro jubilar dedicado a aquel Rector es por todo ello un inmenso honor que agradezco de corazón cual jubileo. Las siguientes reflexiones tienen como humilde destino honrar a una persona que nos ha invitado siempre con su testimonio –tanto en los momentos de gozo cuanto en los de profundo dolor– a afrontar el futuro con optimismo y confianza desde el convencimiento de que vivimos en un mundo apasionante y de que la universidad pública está destinada a prestar todavía sus mejores servicios a nuestro país. Pretendo tan solo, espoleado por el diario ejemplo del homenajeador, esbozar unas digresiones sin ánimo exhaustivo con vistas a alimentar el cada vez más necesario debate sobre el presente y el futuro de una institución, la Universidad, a la que el Profesor Gil Olcina ha consagrado casi medio siglo de fructífera vida profesional.

* Catedrático de Derecho Internacional Privado, Rector en funciones de la Universidad de Alicante (1997-1998).

2. El carrusel de los últimos cincuenta años ha deparado extraordinarios cambios en la universidad española. Antonio Gil Olcina nos recuerda a menudo que en sus primeros servicios a la comunidad universitaria, en la Universidad de La Laguna, el Consejo de Rectores “cabía alrededor de una mesa camilla” y hoy en la CRUE se sientan setenta y cinco universidades del más dispar pelaje y condición. Lo cierto es que la multiplicación de centros no siempre ha venido acompañada ni de la financiación correspondiente, ni del necesario rigor académico, ni, sobre todo, de un planteamiento estratégico avalado como “asunto de Estado” por todas las fuerzas políticas y sociales. También es cierto que ni desde el servicio público –la Política, los políticos– ni desde el sector privado ha existido una conciencia clara de la imperiosa necesidad de multiplicar la inversión en educación y en investigación. Tampoco hemos sido capaces desde dentro de las universidades –no deben doler prendas– de afrontar los cambios exponenciales que implicaban la galopante masificación y el constante deterioro de la calidad docente: antes bien, ha reinado y sigue reinando –con honrosas excepciones– el conformismo, el taifado, el sálvese quien pueda, el café para todos, la mediocridad. En fin, no parecen ser éstos –paralizados por una crisis, que comenzó siendo financiera, luego económica y es ya hoy claramente también cultural y de valores– los momentos más propicios para la reflexión serena, la evaluación y la adopción de decisiones pensando en las generaciones futuras ... Pero es precisamente en este contexto hostil donde personas fuera de lo ordinario común como Antonio Gil Olcina nos reclaman un ejercicio de ciudadanía y de responsabilidad. Bien que limitándome a un aspecto concreto –la relación entre investigación e innovación–, las siguientes líneas pretenden ser un grito. Y los gritos, ya se sabe, son desahogos con una doble función: restituir la calma al profiriente .. y provocarle desasosiego al escuchante.
3. La justificación de este grito descansa en una sencilla elaboración dialéctica donde la tesis, es decir, la sociedad que dio origen hace ahora un siglo a los modelos orteguiano (europeización de España) y unamuniano (españolización de Europa), modelos que hemos ido arrastrando convertidos en meros tópicos arrojadizos, ha sido superada por una antítesis que predica que en la nueva sociedad el valor añadido viene de la cabeza y no de las manos, del conocimiento y no de la manufactura. Como consecuencia, la síntesis nos obliga a plantear la disyuntiva del ser o no ser de España y de la universidad española en un contexto muy lejano al del estereotipo regeneracionista que predicara en 1902 mi admirado alicantino Rafael Altamira en su obra *Psicología del pueblo español*, donde el rosario de males nacionales incluía la falta de patrio-

tismo, el desprecio de lo propio, la ausencia de interés común, la falta del concepto de independencia o el menosprecio de la tradición.

4. Es hora de manifestar con rotundidad que somos muchos los que hemos dejado hace ya tiempo de participar de esta predestinación fatalista que indujo en 1906 a Unamuno, en su ensayo *El pórtico del templo*, a poner en boca de Román aquello de que “Inventen, pues, ellos y nosotros nos aprovecharemos de sus invenciones. Pues confío y espero en que estarás convencido, como yo lo estoy, de que la luz eléctrica alumbrará aquí tan bien como allí donde se inventó”, y a su contertulio Sabino a apuntillar que “Acaso mejor”. Y es hora de manifestar esta disconformidad porque la sociedad ha cambiado profundamente y aquel –con todos los respetos– complejo histórico es historia para la nueva generación de españoles. El grito ¡¿Cómo qué inventen ellos?! se convierte de este modo en la esencia de una nueva manera de afrontar el futuro de lo que queremos sea nuestro país y sus gentes. Nada mejor para comprender el alcance de la imperiosa necesidad de abrazar esta síntesis que la postrera reflexión del propio Román unas líneas más adelante cuando, poniendo el dedo en la llaga, confiesa dónde está el verdadero problema: cuando la prioridad es sobrevivir, todo lo demás es ocioso. Así, al contraatacarle Sabino con el conocido “Pero ellos, ejercitando su inventiva en inventar cosas tales, se ponen en disposición y facultad de seguir inventando, mientras nosotros...”, Román contesta “Mientras nosotros ahorramos nuestro esfuerzo ... para ir viviendo, y no es poco”.

5. Así pues, ha llegado el momento de decir basta y de desterrar el espíritu del “que inventen ellos”. Simplemente, no nos podemos seguir permitiendo el lujo de figurar año tras año en la cola de la innovación europea. Y no nos podemos seguir permitiendo el lujo de continuar haciendo ¿avanzar? la investigación y la innovación por vías paralelas condenadas a mirarse eternamente de reojo a la misma distancia y repitiendo año tras año –siglo tras siglo, desde el colapso de finales del XVI– el fatal estereotipo: la ciencia y la tecnología han sido en España una realidad marginal en su organización y contexto social. Es precisamente en tiempos de crisis cuando deben marcarse los puntos y aparte. Es precisamente hoy cuando hay que volver a salir a la calle para volver a proclamar lo obvio: que, sea cual sea el futuro, solo lo será invirtiendo en formación e investigación, solo lo será gestionando adecuadamente la transferencia de la tecnología de la universidad a la empresa, solo lo será a partir de un gran pacto social que coloque a la innovación en la cúspide las prioridades de nuestro país y solo lo será a partir de la reivindicación de dos palabras clave, a saber, coraje y trabajo. Y aquí los

universitarios –nos guste o no– tenemos una inmensa responsabilidad asumida con la sociedad.

6. Cada tipo de sociedad genera su propia piedra angular. Así, la sociedad agrícola justificaba su supervivencia en el comercio que le permitía vender sus productos y, por tanto, giraba en torno al transporte como eje nuclear, y la sociedad industrial descansaba en la manufacturación y para manufacturar necesitaba imperativamente energía. La nueva sociedad descansa en el conocimiento, no en la producción ni en la manufacturación. Es por ello lógico que el ambiente que necesita para florecer sea radicalmente distinto: internet, telefonía inalámbrica e innovación protegida –lo que antes denominábamos “propiedad industrial e intelectual”– aparecen como sus herramientas indispensables. Y es por ello también lógico que las políticas públicas deban venir destinadas a garantizar que tales piedras angulares puedan ejercer correctamente su función en una sociedad determinada.
7. Esta nueva sociedad es mucho más compleja que las anteriores y para estudiarla no tenemos más remedio que aproximarnos desde la caleidoscopia: profundamente dinámica, impredecible, sin fronteras, fragmentada, interconectada, migrante... y, sobre todo, cambiante. Es probablemente el continuo cambio su característica más acusada y por ello la clave reside en la adaptación personal y estructural al cambio y en la aceptación de que en los próximos veinte años se sucederán cambios mucho más profundos de los que hasta ahora hemos podido metabolizar. Simplemente, no hay en la historia precedentes que nos permitan orientar cómo afrontar el futuro. Es este el único contexto posible –el mundo no permanecerá como está hoy: cambiará, está cambiando ya, y a gran velocidad– pero hay que apresurarse a reconocer que no este, desgraciadamente, el contexto en el que se mueve todavía una parte apreciable de la universidad española, bien adversa al cambio.
8. Una nueva sociedad conlleva –nos guste o no– la consolidación de nuevos valores. Así, la antigua sociedad acuñó el aforismo “información es poder” y la nueva circula por otro canon completamente distinto: “compartir la información es poder”. En aquella, el acceso a la documentación era *conditio sine qua non* mientras que en ésta la selección y la racionalización de la documentación es la clave del éxito. Allí imperaba la visión local, aquí la global y, en mayor medida aún, la glocal. A una tecnología hecha para durar se opone otra cambiante donde hasta los aparatos electrónicos tienen fecha de caducidad. Donde primaba el precio prima ahora el talento y el conocimiento, de modo que aquellos sectores y aquellas empresas que siguen apostando por precio entran en

una tormenta competitiva infernal. Hasta hace poco el eje descansaba en la producción, hoy en el consumo. Una sociedad superespecializada ha dado paso a una sociedad superflexible donde tienen evidente ventaja los espíritus polifacéticos. En el siglo XX había que conservar; en el XXI hay que cambiar. La dinámica de producción de bienes tangibles ha dado paso al reino indiscutible del intangible. En fin, el mundo de la sociedad industrial era un mundo concertístico –el pianista manda, la orquesta sigue– donde el liderazgo debía ser carismático mientras que el mundo de la sociedad del conocimiento es claramente sinfónico y el liderazgo se define como la capacidad para generar y gestionar eficientemente equipos, es decir, personas. Metabolizar la relevancia de estos nuevos valores es, a mi modo de ver, esencial para afrontar con garantías el futuro de nuestra universidad. Es evidente que la universidad española se plantea hoy su futuro en el marco de una sociedad muy diferente y, sobre todo, con valores muy diferentes a la de hace veinte años. En la medida en que todos estos nuevos valores giran en torno al conocimiento, la construcción de una sociedad que los fomenta reclama imperativamente un trazado a partir de cuatro ejes: la educación, la información, la innovación y la cooperación.

9. Pero antes de acometer el futuro, conviene revisar el pasado. Y ello por dos razones. La primera, para superar el común entendimiento de que en España nunca ha habido ciencia y de que el panorama de los cuatro últimos siglos ha sido el único que ha vivido nuestra historia. La segunda, para desterrar definitivamente el sentimiento infame todavía latente que tan bien definiera Luis Martín Santos al presentar a Santiago Ramón y Cajal en *Tiempo de silencio* “el retrato del hombre de la barba, frente a mí, que lo vio todo y que libró al pueblo ibero de su inferioridad nativa ante la ciencia, escrutador e inmóvil, presidiendo la falta de cobayas”. Solo revisando el pasado podremos concluir que España se enfrenta a una oportunidad histórica única y que no podemos en modo algún dejarla escapar, por profunda y dolorosa que sea la crisis –coyuntural– actual.
10. Y ello es así porque una sociedad decide dar un paso adelante cuando está convencida de que puede y está preparada para hacerlo. Por ello –aunque ciertamente contraste con la situación real que viven todavía hoy los investigadores en nuestro país– son especialmente significativas en este momento las palabras del Rey Juan Carlos I pronunciadas el 13 de marzo del 2003 en la conmemoración de la fundación del Centro de Biología Molecular Severo Ochoa Madrid: “El porvenir de la ciencia española dependerá de nuestro respaldo a los jóvenes investigadores y

de nuestra confianza activa en su entusiasta capacidad de entrega a la ciencia y la tecnología”. Pues si esta es la ruta, a ella habrá que aplicarse ...

11. Soy consciente de que las siguientes líneas son esbozadas por un diletante rodeado de historiadores. Entiéndanse, pues, como mera excusa para formular la anunciada síntesis y como guiño a la persona que hoy honramos, quien tantas lecciones de historia nos sigue ofreciendo día a día. Y es que parece que hemos olvidado que no solo en España hubo ciencia sino que España fue la cuna de un buen número de lo que calificamos hoy como “ciencias”. Ya Fernando de Aragón inauguró a finales del siglo XV el elenco de reyes renacentistas, hasta el punto de erigirse en el nuevo príncipe que inspira a Maquiavelo: “Tenemos en la actualidad a Fernando, rey de Aragón, el actual rey de España, que merece ser considerado muy justamente como un nuevo príncipe, pues de pequeño y débil rey ha pasado a ser el mayor monarca de la Cristiandad”. Y, sobre todo, pavimentó el camino para que durante el reinado de su nieto y de su bisnieto España se consolidara como la potencia científica mundial.
12. De la mano de Carlos I llegó la revolución científica. La búsqueda del conocimiento novedoso, la prevalencia de la experiencia sobre los criterios de autoridad, la recuperación del saber greco-latino, la práctica observación y experiencia en la naturaleza o en los seres vivos ... se debe en gran parte a la aportación de los filósofos y científicos que vivieron y trabajaron en España y que introdujeron el humanismo científico. Por otra parte, el descubrimiento y la colonización de América cambió radicalmente la manera de mirar el mundo. Probablemente sin todo ello no se hubiera encontrado la madurez ni los cimientos para la revolución científica europea del siglo XVII.
13. Felipe II elevó la ciencia a asunto de Estado. Conocido es su lema “Para mandar es menester ciencia”, lo que le llevó a rodearse de científicos como consejeros (Juan de Herrera, arquitecto, Pedro de Espinel, matemático, o Juan López de Velasco, cosmógrafo). Concentró en El Escorial y en Aranjuez a la élite científica y técnica europea de la época, lo que produjo una revolución en casi todas las ciencias del saber. Las consecuencias no se hicieron esperar, porque allí donde se siembra y se trabaja se recoge. La medicina adquirió el más alto rango entre las artes liberales y se convirtió en ciencia: el sangrador dio paso al médico. La cosmografía –geógrafos y dibujantes– se convirtió en ciencia. La estadística se convirtió en ciencia. La geografía se convirtió en ciencia. La geometría se convirtió en ciencia. La ingeniería se convirtió en ciencia. La silvicultura se convirtió en ciencia. La alquimia se convirtió en cien-

cia. La arquitectura se convirtió en ciencia. La astronomía se convirtió en ciencia...

14. El desarrollo de las universidades –especialmente Salamanca, Alcalá y Valencia– como escenarios del humanismo científico fue extraordinario: de siete universidades en 1475 se pasó a treinta y tres en 1625, entre ellas la Pontificia y Real Universidad de Orihuela cuyos derechos históricos fueron cedidos en 1998 por el Obispado de Orihuela-Alicante a la Universidad de Alicante en un ejercicio ejemplar de cooperación entre la iglesia y la sociedad donde algo tuvieron que ver los Profesores Antonio Gil Olcina y Andrés Pedreño... Los universitarios, por primera vez, hicieron posible el nacimiento de un descomunal imperio burocrático como jamás antes se había conocido. Vaya, como lógica consecuencia, un dato apenas conocido: los autores españoles son los que más publican en el extranjero en el siglo XVI.
15. Fue en España donde se definió el humanismo científico a partir del desarrollo del método de la “autopsia”, es decir, de la observación y la experiencia tanto en la naturaleza cuanto en la anatomía humana. Ello cambió radicalmente la concepción del mundo: en palabras de Humboldt, “con ello se ampliaron extraordinariamente los conocimientos de los europeos acerca de la composición de la atmósfera, la distribución de los climas, las nieves perpetuas, los volcanes, los terremotos, las leyes del magnetismo, las corrientes e infinitas formas nuevas de animales y vegetales”. Por primera vez existía una concepción global del orbe terrestre.
16. Este paso decisivo del mundo cerrado al universo infinito permitió el desarrollo de uno de los símbolos del renacimiento: el “*homo faber*”, el “ingeniero”, el “inventor”, el “fabricador de artefactos” representa el triunfo del renacimiento, es decir, el triunfo de la experiencia –imitar a la naturaleza– sobre la autoridad –imitar a los antiguos–. Nadie mejor que Luis Vives definió las características de este nuevo hombre culto: “El hombre culto no debe tener empacho de acudir a las ventas y preguntar y aprender de los artesanos las peculiaridades de su profesión, porque de muy atrás los sabios desdeñaron apearse en este plano y se quedaron sin saber una porción incalculable de cosas que tanta importancia tienen para la vida”.
17. Tanto Carlos I cuanto Felipe II importaron numerosos ingenieros de Europa, sobre todo italianos. Desgraciadamente, fueron incapaces de generar un cuerpo de ingenieros españoles, y ello fue una de las causas del colapso científico posterior. Porque el colapso llegó pronto, no por

esperado menos brutal. Nadie mejor que el gran matemático español Julio Rey Pastor para definir, en su Discurso de ingreso en la Academia de Ciencias en 1920, esta historia de luces y sombras: “Fruto granado de la civilización, solo cuaja la ciencia pura después de haber alcanzado frondosidad el follaje vital, que es su órgano respiratorio, y perdura más que él, hasta muy avanzado el otoño de la decadencia; pero el colapso español heló el organismo entero en plena primavera renacentista, antes de que pudieran cuajar las flores de la ciencia nueva; y tras las nuevas floraciones del siglo XVIII y del XX recios vendavales postergan la esperanza”. Un claro aviso para navegantes si lo aplicamos a las políticas de recortes públicos en investigación omnipresentes en los últimos años.

18. Así pues, el reto que tiene ante sí España no es nuevo. Un repaso a la ciencia en España en el siglo XVI muestra hasta qué punto los españoles fuimos capaces de iluminar el mundo. Pero España nunca se recuperó del colapso. Todos los intentos de recuperación hasta la fecha –algunos tan notables como los protagonizados en las primeras décadas del siglo XX– han sido condenados al fracaso. ¿Y ahora qué?
19. Ahora hay que reconocer que existe una masa crítica de investigadores y de empresarios, pero también de gobernantes y administradores, que son conscientes de este reto. Tenemos infraestructuras. Tenemos institutos de investigación, algunos de reconocido prestigio internacional. Tenemos buenos investigadores, aunque en los últimos años una irrefrenable sangría va desplazando a muchos de ellos a otros lugares más fértiles. ¿Qué falta? Quizás tengamos que ponernos de acuerdo sobre las carencias y convenir entre todos que es necesario abordarlas: falta financiación, es cierto, pero también falta un sector privado innovador, falta un plan de acción coordinado, falta el necesario reconocimiento social y el clamor de la sociedad urgiendo a dar un paso adelante, falta una profunda regeneración de las universidades para adaptarlas a la cultura de la excelencia frente al café para todos ... y falta, sobre todo, el convencimiento de que hay que romper con el paradigma clásico según el cual es la innovación la que sigue a la innovación para instalar precisamente el paradigma contrario: ha llegado el momento de plantear un acuerdo entre todas las fuerzas políticas y sociales donde la innovación sea realmente la prioridad nacional y en este empeño las universidades están obligadas a reaccionar y a liderar.
20. España ha vivido demasiado tiempo en la nevera científica. Es hora de cambiar. Se han acabado los “peros” y los “que inventen ellos”. Existen todos los elementos para que este cambio se produzca. Para ello hay

que aunar voluntades y comprender que los esfuerzos de todos son necesarios. De todos. Y para ello hay que despertar las conciencias en y desde las universidades. Y proclamar a quien nos quiera y a quien no nos quiera escuchar que solo aquéllos dispuestos a priorizar la calidad, el trabajo y el esfuerzo tienen cabida como servidores públicos en las universidades públicas. Y que un centro universitario de excelencia debe necesariamente priorizar sus recursos y sus líneas de actuación, orientándolas hacia aquellos sectores y actividades que posibiliten la generación de un mayor número de sinergias en su entorno social y que justifiquen una especialización y una diferenciación que resulta mucho más difícil de alcanzar en cualquier otro lugar.

21. Si la sociedad ha cambiado y si parece que una severa crisis económica, financiera y social nos ha agotado, los universitarios tendremos que pensar lo impensable para renacer. Este es el mensaje que desde que le conozco he escuchado una y otra vez clamar al Profesor Antonio Gil Olcina. Es el mensaje que nos transmite cada día con su ejemplo y con su buen hacer. Sin ambages, sin rodeos, sin temor a la represalia del pastrano de turno. Es, en fin, el mensaje subliminal –dirigido a todos los que servimos en las universidades públicas– que Taylor Caldwell (en *La columna de hierro: Cicerón y el esplendor del Imperio Romano*, Madrid, Maeva ediciones, 2009, p.621) pusiera en boca de Cicerón: “la gente debe aprender nuevamente a trabajar, en lugar de vivir a costa del Estado”. Ya lo sé, la cita es apócrifa ... “ma ... se non è vero, è ben trovato”. ¿Quién recoge el guante?